

CASTILLA Y SU DEBER

CONFERENCIA

DEL DR. D. MATÍAS PEÑALBA

ALONSO DE OJEDA



G-F 6573

VALLADOLID

IMP. CASTELLANA

DUQUE DE LA VICTORIA, 31

AÑO 1911

HESPERIA

LIBROS HISPANICOS

PLAZA LOS SITIOS, 10

ZARAGOZA

DGCL
A

Castilla y su deber



CONFERENCIA

DADA EN EL

Ateneo de Valladolid

EL 4 DE MAYO DE 1911

POR EL

Dr. D. Matias Peñalba

Alonso de Ojeda



VALLADOLID

Imprenta Castellana

Duque de la Victoria, 31

1911



R. 83998

C. 1132488
t. 95881

Al editar el Ateneo de Valladolid la conferencia dada en la casa social por el ateneista de Palencia, Dr. Peñalba, se propone un doble fin: honrar todo esfuerzo apreciable en pró de la cultura nacional é invitar al mismo tiempo, con el ejemplo, á los Ateneos españoles para que entablen relaciones íntimas recíprocamente, y fijen, para bien de la cultura patria, la labor de los conferenciantes que en la mayoría de los casos queda reducida su eficacia á la impresión fugitiva de la oración verbal. La recopilación de las conferencias, informes, discusiones, de toda la labor cultural, en una palabra, que se lleva á cabo en los Ateneos, constituiría una contribución valiosa para la cultura, puesto que los Ateneos funcionan permanentemente, son laboratorios que no cesan en su actividad

á diferencia de las asociaciones culturales de otro orden cuyos congresos sólo de tarde en tarde se celebran. En el Ateneo se examinan las cuestiones culturales sin sombra de tendenciosidad alguna, reuniendo las más opuestas tendencias en cuyo contraste se puede encontrar ese espíritu de armonía y tolerancia que constituye la condición imprescindible de toda labor progresiva.

El Ateneo de Valladolid se dirige con esto, pues, á los Ateneos españoles y á las asociaciones análogas de la América española, invitando á todos los estudiosos para que tomen parte en esta labor cultural, ofreciéndoles su tribuna y la biblioteca que se editará para dar á conocer todo trabajo de mérito de los intelectuales españoles é hispano-americanos.

Del trabajo del Dr. Peñalba mejor se podrá juzgar por la lectura del mismo que por las notas críticas que nosotros pudiéramos hacer. El mejor elogio lo hace el Ateneo al complacerse en editar el trabajo del ateneísta palentino. Del estudioso, podemos decir que pertenece á ese número de jóvenes españoles que en las pequeñas ciudades, rodeados de un ambiente poco propicio para conseguir una buena formación científica rigurosa, se esfuerzan silenciosamente y hacen su vida propia en el capullo de seda de su aislamiento, atesorando cultura y formando un sedimento que cristaliza en los

senos espirituales sin llegar muchas veces á engarzar su labor con el trabajo del publicismo.

Deber nuestro es regar estos renuevos que aparecen desperdigados en el suelo nacional proporcionándoles ambiente para su vida.

Vicente Gay

Presidente del Ateneo de Valladolid

Castilla y su deber



SEÑORES:

Seamos veraces

Al entregarme á vuestra probada cortesía, bien manifiesta en la hospitalidad que me otorgais, se me impone, con el imperio de las ideas que nos son consustanciales, el asunto que he de tratar aquí. Dirigiéndome á vosotros, en esta tribuna, por excelencia castellana, yo que también lo soy por la cuna, por la adopción, por el amor; ¿de qué podría hablar mejor que de nuestra Castilla, que dió á España un alma, sus hijos á la humana historia y que hoy nos muestra el dolor desesperado de un pueblo que se suicida abriéndose las venas?

En medio de la inquietud afanosa que espolea á las porciones españolas vivas con anhelos de una existencia más intensa y completa, Castilla en su mayor parte yace inmóvil, en profundo letargo. Y como mientras ella duerme, velan otros, tenemos el deber de traerla á un estado de permanente vigilia, activa y fuerte, aunque nuestras filiales admoniciones pudieran parecer contaminadas de irrespetuosidad á ciertas vidriosas suspicacias fraternas. No haré yo,

pues, lo que ha dicho Benavente de ciertos predicadores que truenan contra los pobres ante auditorios de ricos, y al contrario, y «que no faltan á la verdad en ningún sitio, pero les falta la verdad del sitio, que es un modo de faltar á la verdad como si se mintiera.» Sería indigno de vosotros y de mí cegar y ensordecer á nuestro país con palabras de lisonjera falacia, por que el que adula á la pátria es el peor traidor. Entre los pueblos como entre los hombres, las naturalezas generosas y fuertes son las capaces de oír con entereza las verdades amargas y aceptarlas como tales verdades. Este es precisamente el asidero más firme para esperar algo grande del pueblo español; el ansia febril con que se ha puesto á buscar sus debilidades y máculas, la franqueza iracunda con que los pregona, porque un pueblo que hace de la sinceridad su ley y que habla á todas horas de sus faltas para deplorarlas, es un pueblo con magníficos cimientos morales, necesitado sólo de que le enseñen á edificar sobre ellos.

Acción castellana

Aun para los que piensan que jamás ha existido un espíritu propiamente español, es indudable la existencia de un espíritu castellano genuíno, que si no llegó á absorber y asimilarse totalmente á los demás reinos peninsulares, preponderó de manera que vino á producir una resultante histórica. De sus componentes—sensibilidad y pensamiento—subsiste únicamente el primero. Si supiéramos aprovechar su fuerza, todavía podía esperarse que sobre las viejas tierras esteparias volvieran á surgir voluntades viriles, dispuestas á la acción. Mas ¡ay! que la acción es

cada día menos materia y más espíritu, menos músculos y más cerebro, menos movilidad grosera y más reflexión inteligente, que en los empeños tácticos de todo género va sustituyendo por la intervención científica, el cálculo y el combate á distancia, la acometividad personal y la energía física, elementos inferiores de combate. Acción y pensamiento van hermanándose constante y gradualmente, y alcanzamos un momento de la historia en que Castilla ha de advertir, si quiere retoñar en el mañana de la nación y de la raza, que el sentir no es más que la mitad del sér y no la más excelente; que tiene la obligación de recogerse en una nueva idealidad, pensándose á sí misma y pensando al mismo tiempo á España, que tampoco se ha pensado todavía. Sólo entonces podrá Castilla recobrar su conciencia, España hallar también la suya en la conciencia de Castilla, y ambas vivir, dándose cuenta de que viven en la conciencia universal.

Historia y Psicología

Una previa labor habrán de realizar los que puedan y quieran guiarnos en tales aspiraciones constructivas: la reconstitución histórica en lo que tiene de enseñanza de las propias aptitudes y de los mejores caminos para desenvolverlas, es decir, amparar nuestra acción futura en sólida base historilista. Lejos de mí la idea de sacrificar el porvenir al pasado, ni de renunciar á la renovación más honda de todo lo que hay que renovar hasta la destrucción. Hemos de ir á Europa, pero yo difiero de mi insigne amigo Ramiro de Maeztu, en su concepto de la incompatibilidad entre la europeización y la reconstitución de

España. Porque Europa también es historia y el pensamiento, la herramienta poderosa que está haciendo á Europa, no es una cosa suelta, sino un producto colectivo. La afirmación de que «el historicismo es el curanderismo», me parece aventurada, pues tan dentro de la historia están los pensadores y los sabios, que son pueblo también, como los cavadores. Hay que ir, pues, á la indagación seria y sincera de la psicología peculiar á cada una de las unidades étnico-geográficas españolas, y muy particularmente de la psicología castellana, por ser la que ha matizado la vida nacional. Dentro de esta, el punto concreto que ha de dilucidarse, es el de si la evolución del genio español no recorrió su ciclo por falta de íntimas eficiencias, ó porque aspiraciones ajenas y postizas, se interpusieron entre España y sus posibles fines, en un momento en que las Monarquías, por su fuerza, podían contrarrestar y ahogar los impulsos nacionales. Yo me permitiré apuntar tan solo, que el ideal conquistador de los Austrias, viniendo á injertarse en el ideal religioso de la unidad católica, encontró en Castilla un excelente campo de cultivo y en él prosperó para nuestra perdición colectiva. Castilla por ciertas notas de su genio en que tienen parte no escasa la aspereza del clima y la pobreza del solar, se dió impetuosamente á una política de aventuras *en la tierra y en el cielo*. El predominio castellano imprimió carácter á la nacionalidad en un sentido peligroso y dañino. No es esto un vituperio del ideal castellano como producto absoluto; es un juicio hecho sobre él, en la relatividad histórica. Quizá, si Castilla y un Carlomagno, con su ideal político-religioso, hubiesen coincidido en el mismo punto del tiempo y del espacio, el Imperio universal no hubiera sido un sueño. Mas había ocho siglos de retraso,

y así podemos decir, que la supremacía del espíritu castellano, en un sentido forjó la nacionalidad, pero la frustró en otro. Castilla atesoraba tal suma de energías cordiales y mentales que su acción incontinente sobrepasó la esfera de las cosas tangibles, dilapidándose en heróicas empresas y visiones celestiales. Tal vez si Aragón predominara en lugar de Castilla, hubiese madurado por completo la nación española. Porque Aragón representa en nuestra historia el elemento humano, civil; Aragón tenía para la política y para el derecho la misma vocación que tuvo Roma- ilustrada además por un instinto colectivo de la equidad que Roma no pudo alcanzar en su excesivo formalismo; Aragón se anticipó á Inglaterra en el concepto y la práctica de los principios del derecho público, que inspiran la vida de los modernos pueblos; Aragón tenía dentro, parcialmente al menos, el alma del renacimiento, mientras Castilla se entregó sin reservas á un sueño escatológico.

Examen de conciencia. Individualismo

Por esto Castilla, que engendró á España y la transmitió con la vida el gérmen de su decadencia prematura, tiene el deber de remediarla ó de intentarlo al menos. Si hoy quisiera hacer examen de conciencia, aún podría lograr la clara percepción de sus yerros y hallar la base de su rectificación, el cambio de rumbo que los hechos la imponen. Porque se apagaron las luminarias de glorias mentirosas y quedó á Castilla como herencia de su esplendor pasado, la humillación y la esterilidad, los mayores castigos que pudieron caer sobre la tierra que había hecho de la fecundidad y de la altivez galardones

para su sacrificio. Y es ya ocasión de que cese nuestro engaño. A Castilla la ha relegado á segundo lugar la misma cualidad que la hizo grande, su voluntariedad incoercible, su individualismo irreducible y ágrío. Es pobre, muy principalmente, por obstinarse en renegar del trabajo en común. Aquí suele decirse «á medias, ni con la mujer». No es que falte un hondo sentimiento de confraternidad, que se revela constantemente en los momentos críticos; es que en cada castellano hay, ante todo, una afirmación áspera y seca de la propia independencia, sentimiento que bien disciplinado es venero de dignidad, pero que ahora parece tomar un carácter selvático, engendrador de profundas antipatías, envidias y rivalidades. Si difícilmente nos hemos avenido, alguna vez, á andar en compañía, se ha extremado tal nota de nuestro carácter de manera que ya no sufrimos ni aun las superioridades manifiestas. Cuando alguno más prudente ó avisado nos advierte la existencia de un obstáculo en el camino, somos capaces de arrastrar los pies y tropezar adrede, para probar al mundo que podemos rompernos la crisma con absoluta autonomía. Ahí tenéis, visto sin compostura ni afeites que lo disfracen, el famoso individualismo castellano, de que á menudo nos jactamos; que un día fué cualidad y que hoy vemos transformado en defecto, por la marcha de las sociedades que ha venido á reivindicar las ventajas de la subordinación, mejor servidora de los grandes fines de aquéllas. Ese es nuestro individualismo, un arma que nos clavamos poco á poco, gozándonos fieramente en ensanchar la herida, como ciertos desventurados dementes analgésicos, que se mutilan sin piedad de sí mismos. Porque cualquiera vé que el aislamiento del castellano de hoy, no es el aislamiento del hombre que trabaja y en realidad vive con los

demás, extrayendo su espíritu de los libros ó de la objetividad que le rodea, para entregar el propio en igual forma; si no el aislamiento efectivo del hombre que se encuentra inerme ante la naturaleza hostil y no tiene en su soledad sino amargo sobresalto, raíz de odio hacia los semejantes; el aislamiento que malogra toda empresa noble y favorece toda ruin tendencia; la llaga del espíritu á que sin duda ha querido referirse Palacio Valdés, cuando ha dicho en un libro reciente: «vive solitario, vive solitario, no vivas demasiado solitario.»

La virtud vanidosa

Nos preciamos de virtuosos y lo somos muy relativamente, con la virtud pasiva del renunciamiento, de la pobreza hidalga y puntillosa, signo de la resignación colectiva á un fracaso histórico, que se refleja en el fracaso individual; cuyo visible síntoma es una indiferencia para todo lo que apasiona á las colectividades fuertes y sanas, y que simula el desdén, no siendo quizás más que despecho. Nos falta la virtud activa que mejora las almas; ni robamos ni matamos, como dice el pueblo, pero no tenemos la plasticidad del entendimiento y del corazón que hace comprender y sentir los dolores ajenos como propios y que impele á buscar su remedio. No robamos, no matamos, pero martirizamos á muchas almas buenas con el ponzoñoso rencor de la impotencia.

Dicen que este es un país católico, mas no lo parece, porque no hay manera de hacerle entonar abiertamente el *mea culpa*. Sin embargo, el arrepentimiento es el único camino practicable que nos queda. Necesitamos ser bastante valerosos para disecar como

si fueran ajenas nuestras malas pasiones, porque sólo conociéndolas y guardándonos de ellas llegarán á cicatrizarse las heridas que nos han hecho en el alma. Hay que confesar que en medio de una forzada modestia externa y aparente, nos hemos vuelto insufriblemente vanidosos. Durante los grandes tiempos en Castilla no había vanidad, sino orgullo, pasión fuerte y masculina que lleva al hombre á la grandeza de la honra ganada por sí mismo. Se vivía moralmente de la emulación hidalga, en la pugna de quien acertara á sacrificarse mejor y más pronto en aras de nobles ideales. Andaban los hombres á estocadas por un puntillo de honra, y es que era la honra algo tan santo que por ella se entregaba la vida. Hoy nos domina la vanidad, enfermiza pasión de hombres sin fé en sí mismos, que quieren honra sin ganarla, por su cara bonita, y cuando no la obtienen, se muestran ofendidos como si les quitaran algo que les peteneciese de derecho.

Almas descaminadas

Carecemos de contacto espiritual; nuestras almas giran en movimientos solitarios y estériles, como estrellas que perdida de pronto la atracción del sistema, se lanzaran á través de los espacios mudos en un volteo desordenado y loco. Parece que una maldición nos ha hecho extraños los unos á los otros y así ha podido un poeta decir sin injusticia de hombres que habitan tierra castellana:

El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra,
antaño hubo raído los negros encinares,
talado los robustos robledos de la sierra.

Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares;
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

.

Los ojos siempre turbios de envidia ó de tristeza,
guarda su presa y llora la que el vecino alcanza;
ni pára su infornio ni goza su riqueza;
le hieren y acongojan ventura y malandanza (1).

Mientras en otros países la sociedad humana se levanta frente á la naturaleza enemiga y la vence, entre nosotros, el hombre huye de su hermano, consintiendo en ser tiranizado por fuerzas fatales que le aplastan. El haz de varas del antiguo apólogo no ha existido aquí nunca. Cada uno labra sus tierras, compra su ganado, eava sus viñas, con *su* arado, *su* dinero y *su* azadón, pero también sufre la adversidad con *sus* espaldas. En tanto que en el mundo se agrupan los hombres, nosotros preferimos andar escoteros por la vida, si es que esto merece llamarse vida; y no obstante nuestro empeño de aislarnos, y llevar siglos ensayando el sistema, aún no hemos podido convencernos de que no alcanza á eximirnos de aguantar solidariamente las heladas tardías, la filoxera, el pedrisco y demás calamidades naturales, con el aditamento de esas otras calamidades, artificiales enteramente, que se llaman jueces municipales, alcaldes de Real orden y caciques.

(1) Antonio Machado. "Por tierras del Duero,," composición publicada en *La Lectura*, número de Diciembre de 1910.

La falta de Imaginación

Además hemos perdido la imaginación ó se nos ha embotado. En la generación ideal, á semejanza de la fisiológica, concurren dos elementos: el poder imaginativo, que es la parte viril y la facultad razonadora ó de cálculo, á cuyo cargo corre adaptar lo imaginado al hecho, que es lo que solemos llamar sentido común, elemento femenino, encargado de recibir el gérmen, desarrollarlo y ponerlo en el mundo. Todas las magnas empresas humanas han sido fundamentalmente cosa de imaginación; la poesía como el cálculo diferencial, la filosofía y los aereoplanos. El vuelo sano de la imaginación—no el capricho dislocado y absurdo—constituyen la facultad genuinamente inventiva, creadora, mientras la razón es la facultad ejecutiva. La decadencia española y castellana contra lo que se propala, no es más que falta de imaginación. Castilla lo prueba irrefutablemente, puesto que su rango de núcleo nacional no lo debe á otra cosa. Los grandes nombres que han hecho á Castilla son los de los imaginativos de su época; sus grandes obras son empresas imaginativas. Porque la imaginación es previsión, contra lo que el vulgo piensa, no la previsión burguesa que cuenta los garbanzos, sino la ojeada poderosa y sagaz que atisba y sondea los senos del tiempo, encontrando allí los hechos futuros. No hay empresa grande ni hombre que la acometa sin que la imaginación haya mostrado anticipadamente su grandeza. Lo mismo hay que imaginar el descubrimiento de América que el suero de Gener, ó una roturación con arado de desfonde. Lo malo para Castilla fué que gastó su tesoro imaginativo en buscar

el Dorado en América y no donde verdaderamente está; en los surcos de labor, en las minas, en los talleres y fábricas, donde otros pueblos que no descubrieron mundos lo han encontrado andando los siglos, por haber tenido más imaginación ó más completa. Nosotros nos quedamos á media imaginación, que fué quedarnos á medio camino. Hoy nos lamentamos, ante los pueblos que llamamos prácticos, sin ver el punto de partida espiritual en la conquista del vellocino de oro. Hasta el cultivo del idioma, hilo conductor de la corriente espiritual, instrumento preciso para toda labor sintética como es la traída al mundo de las cosas concretas del alma difusa del pueblo lo hemos abandonado. ¿Dónde están en Castilla los grandes y apasionados amadores del idioma? Ni aún en la mayor parte de sus literatos y oradores encontramos el refinamiento de la expresión, del vocablo único y definitivo que el saber moderno, ansioso de exactitud-reclama para cada cosa. Son pocos los castellanos entre los beneficiarios de esa mina riquísima, gracias á la cual Castilla renacerá eternamente viva en sus formas idiomáticas, transfundiendo á otros pueblos su energía espiritual guardada á través de la historia como depósito indestructible en las entrañas de su habla.

Es preciso repetir que Castilla, la imaginativa, conquistó lo que como pueblo hemos hallado en el mundo; pero la imaginación castellana se ha envilecido ahora en buscar tretas para fastidiar al vecino—tarea mínima para la que basta con la mala intención—en jugar el eterno tresillo y en contar alguna que otra mentira de caza. Hoy es difícil encontrar por Castilla otra cosa que un escandaloso y antipático sentido común.

Y así están sin cultivo adecuado los campos, calvos los pinares, rasos los páramos, estériles las

venas de agua que fluyen perezosas entre hazas afligidas de una sed mortal, yerma y triste la tierra castellana; y los hombres recelando unos de otros, sin fuerzas más que para envidiarse el pedazo de pan, ó la menguada satisfacción del amor propio, todo por falta de imaginación para encontrar y alumbrar la riqueza que cada uno lleva dentro.

Nos despeñamos en un practicismo frío de prestamista ó jugador de bolsa; despreciando todo lo que no es reducible sin tardanza á número, peso y medida. Muchas veces oímos: ¿Fulano? Un chiflado, le dá por la filosofía. ¿Mengano? Un soñador, ¿no intenta hacer política de ideas? Y esto quiere decir, que la filosofía de Fulano y la ideología de Mengano no son inmediatamente transformables en artículos de comer, beber y arder. Y ya creen haberlo dicho todo. Pero no saben ellos que en fin de cuentas las ideas puras llegan á poderse echar en el puchero.

Ideal de cultura

Castilla necesita esculpir su vida con el cincel de un ideal, lumbre que nos aclare la senda, al comienzo penosa, luego suave y florecida del trabajo. No habrá de ser, pues, nuestro ideal, tejido inconsistente y quebradizo de fantasías arbitrarias, sino ideal de vida, conquistable siempre, aun cuando parcialmente, ideal de cultura. Perdonad que recuerde, en gracia de que nada puede expresar mi pensamiento con más exactitud, estas palabras mías, pronunciadas en ocasión análoga á la presente: «La cultura es la acumulación de métodos para el trabajo humano en un orden cualquiera, de todo lo más noble y excelso que el hombre atesora en su naturaleza, de la perfectibilidad que le

hace susceptible de ser un conmutador de las ciegas fuerzas naturales en energía psíquica, regulada y reguladora al mismo tiempo, de esa potencia que le constituye en excepción de las especies vivas, que si fijan y transmiten aptitudes mediante la herencia, no alcanzan como el hombre á regular con la sola acción individual el cauce de la marcha colectiva».

La cultura que tenemos nos coloca en la situación ambigua y peligrosa de quien sabiendo que está mal ignora el modo de ponerse mejor. De aquí deriva que algunos odien la cultura tomándola á través de ciertas apologías indiscretas por una repetida incursión en los dominios de la pedantería. Pero la cultura no es acopio de fórmulas indigestas, sino más bien acúmulo de las cosas concretas que trae consigo el flujo de la vida. La misma ciencia cuyo concepto solemos hacer sinónimo del de cultura, y que es su ápice máximo, significa más cada día una capacidad, y menos la adquisición de una suma dada de conocimientos. La ciencia no es heredad acotada, sino vía sin límites, no es acopio de datos encasillados, sino lo que la escolástica llamaba *potencia propíncua* de hallar tales datos por sí mismo, para aumentar el caudal científico cuando son nuevos, ó para acrecer las propias energías fortaleciendo al mismo tiempo la obra ajena, si hubieren sido ya hallados por otro; la ciencia no es finalmente aprehensión de una verdad en cuanto tal verdad, sino en cuanto además puede ahijar otras muchas verdades; no es tanto poseer como ser capaz de posesión, ni tanto llegar como poder seguir.

La cultura tiende, pues, á la elaboración de un ideal suficiente de vida perfectible, no ya para el científico, sino para cuantos integran la totalidad social.

Españolismo y europeísmo

Contra pereza, diligencia. Hemos de inyectar en el inerte organismo nacional el caudal de ideas que haciendo papel de torrente circulatorio le vuelvan á la vida. ¿Pero de dónde vamos á sacar esas ideas? De nosotros mismos—poniendo siempre aparte á unos pocos privilegiados—no pueden salir con la necesaria rapidez para colocarnos prontamente al tono ideal del mundo, y, aquí tenemos ya frente á frente los dos métodos que parecen antitéticos, pero que no lo son, el método de cultura indígena y el método de cultura europeo.

Desde que Costa lanzó á la circulación social española el vocablo europeización, con su copioso contenido ideológico, un plantel de pensadores y escritores jóvenes se ha consagrado pública ó privadamente á difundir ese ideal de gobierno. Estos españoles, que han asistido en tierra extraña al desenvolvimiento de una vida social por extremo compleja; que la han visto producirse acoplada en instituciones y costumbres capaces de mejorarla; empujados por natural proselitismo han querido renovar el ambiente español y hacerlo respirable á los pulmones europeos. El ardimiento de esa propaganda ha suscitado frente á ella la hostilidad abierta ó sorda de un patriotismo dengoso y pudibundo, cuando no la del misoneismo cerril que se alarma profundamente ante un cambio posible de nuestras perspectivas espirituales, sin que falte la cuquería solapada ó temerosa que defiende su vida, ú hostiliza como puede al mérito relevante; ni el excéptico inscrustado de propagandista que habla ó escribe para pedir á gritos que nos echemos

todos en el surco, practicando la suprema sabiduría del *nirvana*.

Otros bien intencionados y á veces agudos escritores, reaccionando con exceso ante lo que se les aparece como menosprecio del solar y la sangre nativos, han llegado á contraponer al europeísmo la idea de la patria y á identificar aquél con el jacobinismo, acusando de paso á la intelectualidad de no servir sino para hacer paradojas.

Pero, ¿qué logomaquias son estas? Sin duda la patria es y debe ser intangible. Las naciones, en que se vincula actualmente la idea patriótica, representan una concentración de energías, una destilación de ímpetus ascensionales en la historia. Precisamente en su complejidad, en su necesaria oposición, en sus aptitudes varias, está el secreto del progreso. En un lejano porvenir, acaso podrá la cultura engendrar un Estado universal sin ahogar la legítima variedad de los grupos humanos; mas por hoy la personalidad nacional es al progreso, en la síntesis del mundo, lo que el sentimiento de la emulación es al mejoramiento de cada uno, en la síntesis social, el resorte más poderoso, el mayor acicate para esa masa media que no tiene el heroísmo ni la sabiduría como exponentes morales. Si los que hablan de jacobinismo llaman así al igualitarismo ñoño y amorfo, no hay más que hablar.

Pero, ¿qué tiene que ver el jacobinismo con la intelectualidad y la europeización? ¿Cómo no ha de haber tenido el intelectualismo actividad sino para hacer paradojas? Esto solo será cierto cuando podamos tachar de paradógica á la ciencia entera. Porque es necesaria cierta cantidad de entendimientos paradójicos para que brote un núcleo de pensadores serios que entresaquen de la selva de paradojas unas cuantas verdades definitivas.

De entre esas paradojas han salido la Astronomía, las Matemáticas, la Filosofía, la Historia, la Físico-química, la Biología y la Sociología. De paradojas, de errores que rectificadas han venido á parir verdades —pues un error señalado es un mal camino conocido que evitar—han vivido; muchas veces los mejores espíritus y se ha hecho el mundo actual, y en él un sagrado depósito de justicia, de benevolencia para el débil, de criterios de salud y elevación morales que gradualmente van incorporándose á las leyes y de éstas recayendo en las costumbres, viniendo á constituir el patrimonio humano, que en un límite mínimo de tal incorporación, dá el tránsito de la barbarie á la cultura. Al menos en este sentido hemos tomado lo de la europeización ciertos espíritus acaso demasiado cándidos porque no acertamos á ver los horrores que según algunos se esconden bajo la capa del europeísmo.

Pero mientras no se nos demuestre y aún á riesgo de caer en contumacia, seguiremos creyendo que no hay que renunciar á la peculiaridad nacional por asimilarse los métodos europeos de trabajo. Es que pintando todos no son distintos el Greco, Velázquez y Goya? ¿En qué merma su genio el que hayan de atenerse á las leyes de la perspectiva? Cada cual las interpreta á su manera, las llena con una visión diferente y siempre bella, de los hombres y las cosas. No pierden su sello las Naciones, ni cercenan su personalidad, por reducirse al común denominador de la cultura. ¿Por qué habríamos de perder la muestra? Si de lo que se trata es de recuperarla y anudar el hilo de la historia, cortado en mal hora por extranjeras manos, y hacer lo que no hicimos, pero hubiéramos hecho, si no se hubiera interrumpido el curso de nuestra vocación.

Para esa tarea gigantesca, para el cultivo del árbol español que ha de hundir sus raíces en estratos del pasado y tender sus ramas á los vientos libres y fortificantes del porvenir, no puede haber iniciativa con la autoridad que tendría la de Castilla, cuya personalidad histórica la pone á salvo de todo recelo. Nadie osaría temer de ella segundas intenciones y ¿cuál no sería la suerte de ese ideal renovador, si Castilla sacudiendo su catalepsia secular, lo adoptara, y llevase á España de la mano hacia Europa?

Castilla y la política internacional

Lejos de eso ahora Castilla pesa menos que nunca en los destinos nacionales; aun en aquéllos casos, como el de la cuestión africana que hoy se nos ofrece llena de sombras y de ignotos peligros, en la que únicamente Castilla hubiera podido oponerse con plena autoridad á que se cumpliese á destiempo el testamento de Isabel la Católica, cuya invocación Dios sabe á dónde podrá arrastrarnos.

Porque en lo relativo á la vida pacífica, Europa nos dá abierto el camino; cultura y tolerancia son fórmulas ya empleadas y de seguro resultado contra las dolencias específicas de necesidad y de barbarie; pero en el problema africano está en juego la misma vida española. Donde unos concluyen, que la conquista supone la grandeza y la vuelta al rango de las potencias otros ven que la guerra dispendiosa, la colonización difícil y el abandono del suelo patrio, traerán inevitablemente el agotamiento nacional.

¿Cuál es la verdad? España está rendida de una brega de siglos. La guerra ha sido nuestra maldición; se necesitará oponer algún argumento de hecho á la

afirmación de que la guerra despierta las mejores fibras morales, nuestro pueblo bastaría para probar lo contrario. España no ha tenido tiempo de constituirse por culpa de sus guerras continuas y harta ya de pelear en todas partes, todavía halló espacio que dedicar al bello deporte de la guerra civil. Cuando aun así no ha perecido, hay en su favor sospechas vehementes de inmortalidad, pero no es bien que en esa confianza sigamos abusando, pues pudiera muy bien no ser lo que parece. Por otra parte, son patentes la parvedad de nuestros medios económicos, el atraso de nuestra agricultura y nuestra despoblación aterradora. ¿Son estos los antecedentes que hacen un pueblo colonizador?

Francia, rica, poblada y con cultivos perfeccionados, necesita colonias— aunque también habría mucho que hablar del problema colonial francés,— Alemania con población desbordante no puede vivir sin ellas, el Japón, congestionado, tuvo que propinarse el lancetazo de la guerra contra Rusia, para acrecer después su sistema circulatorio con la anexión de la Corea.

Económicamente nos convendría, según todas las probabilidades, más que la colonización de Marruecos, una distribución seria y científica de los cultivos, una organización agronómica, forestal y minera, la liberación de las industrias, concesiones y monopolios que andan en manos extrañas y la averiguación de la riqueza oculta. En cambio, los daños, de proponernos un ideal externo y material, pueden ser incalculables. La grandeza de las Naciones nace de un equilibrio en el esfuerzo por el que todas las energías interiores se apoyan unas en otras. Si gastamos en aventuras guerreras el dinero que necesitamos para la vida interna, corremos el riesgo de anularnos

para siempre. No hemos escarmentado en nuestra propia historia; España ha sido como un robusto nadador empeñado en ir muy lejos nadando contra la corriente. Ha consumido sus fuerzas y no ha cumplido su propósito. Cuando su acción debía ser mediterránea, concreta y definida, la hizo atlántica, difusa é invertebrada. Dió á la historia un mundo, pero se lo dió vacío, realizando antes la tarea, aun tiempo heroica y absurda, de aniquilar una civilización de contenido para llenar su hueco con un ideal teológico, cuya eficacia ya estaba perdida.

Hoy trastrueca nuevamente sus fines, pensando en Marruecos y no en completar la unidad geográfica escindida con la separación de Portugal y que puede creerse realizable en un porvenir no remoto y sobre bases de respeto á la plena personalidad del pueblo lusitano, mediante la espontánea voluntad de dos fraternales democracias. Si este ensueño tuviera realidad,—y podría tenerla aun aceptando como ineludible una mínima acción en Africa—la confederación ibérica podría ser el portavoz de la ciencia europea en la América latina, llamada por sus riquezas á constituir uno de los grandes emporios de la ciencia y del arte; y en el caso de que los amarillos no se incorporen pacíficamente á los blancos, uno de los ricos filones, de las bases precisas de que los ario-semitas habrían de servirse contra los mogoles, para lograr el predominio definitivo de la civilización occidental.

La Intelectualidad órgano de ideales

En este escalonamiento de ideales habría para nosotros verdadera grandeza, y Castilla está obligada á buscarla y á imponerla si puede. Pero para que los

ideales tomen vida no han de residir esporádicamente en pensamientos solitarios y dispersos, sino que han de alcanzar á constituir una expresión del alma colectiva por intermedio de un órgano, que no puede ser otro sino un núcleo de pensadores, de poetas, de artistas, de políticos, de hombres, en fin, unidos por un amor común, el de la visión á distancia y la previa articulación en sus cabezas de la España redimida y fuerte.

Tocamos aquí con el problema palpitante del intelectualismo. Costa, el precursor, quería que se enviaran centenares de jóvenes al extranjero para que al cabo de unos años tuviéramos la legión deseada de agrónomos, de químicos, de médicos, de jurisconsultos. Muchas veces han repetido lo mismo en todos los tonos y últimamente un escritor, ya citado, precisando el concepto, ha dicho que el problema español es un problema de intelectuales.

Evidentemente es un problema de técnicos que organicen, y como no hay organización posible sin un fin y sin un método, claro es que se trata de una tarea que requiere la inteligencia como primera condición en los que la ejecuten. Pero la inteligencia se puede aplicar de muchos modos y si desde luego en una organización ya planteada, cada uno trabaja en su función, dividiendo el trabajo; cuando lo que hay que hacer es organizar previamente, no suele bastar con especializarse. Algo de eso ha llegado á la percepción colectiva cuando con su intuición sagaz ha creado el vocablo «intelectual», como concepto aparte del de inteligente.

¿Qué es un intelectual? Maeztu ha dicho, con acierto, que intelectuales son todos los que viven de su inteligencia; y pudiera añadirse—me parece—«y se dan cuenta de que, teniéndola, no hay derecho á vivir

más que por ella.» Pero no basta esto; el especialista encerrado en su especialidad es un hombre útil, mas de utilidad estricta, al que no conviene, por inteligente que sea, el dictado de intelectual, que en la común opinión tiene una tendencia amplificadora, buscando la inserción de la especialidad profesional en el cuadro de una cultura general, suficientemente sólida para comprender el papel y función propio en el mecanismo de la sociedad. «El que no sabe más que Medicina, ni Medicina sabe, decía Letamendi.

El intelectualismo ha fracasado

Se asegura por ahí que en España ha fracasado el intelectualismo, pero eso no es verdad. Aquí no han podido fracasar los intelectuales porque no los hay en número bastante para actuar de modo que su ineficacia constituyera fracaso. En la actuación posible ¿dónde está el fracaso de Costa, de Cajal, de Giner, de Menéndez Pelayo, de Galdós, de Benavente? Los fracasados aquí son los fantasmones del pseudo intelectualismo; la farsa, el embuste, las eminencias de talco, las reputaciones al borro, el quiero y no puedo que está siendo hace tanto tiempo en el orden intelectual, como en los otros órdenes, la trama de la vida española. Los fracasados aquí son los enanos de la venta que no acaban de bajar nunca, las apariencias vacías; el fraude en la ciencia y en el arte; los espanta-pajáros intelectuales que han vivido hasta ahora de la ignorancia de los innúmeros é infelices gorriones, que no se atrevían á acercárseles, pero que ya van conociéndoles y empiezan á tomar en ellos la indescriptible venganza que acostumbran. Los fracasados aquí, esperemos que para siempre, son

todas las corpóreas representaciones de ideales muertos que andan por el solar nacional merced á no se sabe qué prodigios de mecánica, pero sin alma dentro; los socorros mútuos del elogio sin tasa ni vergüenza, la comedia de la alabanza exterior y el íntimo desprecio. Tiempo es ya de que eso se haga y concluya el sacrificio votivo de los capaces y los dignos á los indignos é incapaces, hecho por la ignorancia en el altar de osadas impudencias.

Por que en otras tierras más felices, cuando un hombre ha logrado, trabajando, transponer la cumbre de una técnica cualquiera, puede estar cierto de que ante él se abren todos los caminos. Aquí el que confíe solo en su trabajo, necesita una rara magnanimidad para no sentir aun cuando venza el decaimiento y el inmenso desencanto del excepticismo. Aquí, hay que emplear más que una enérgica acción personal, el sistema inventado para comodidad y recreo de los *beati-possidentis*; el camino de los padrinos para todo de la resistencia inerte que quiebra tantas voluntades, incapaces de acercarse al fuego del dolor y de la injusticia, y que en verdad, podría cargar á la cuenta de ciertos mentecatos consagrados, el suicidio moral de más de un hombre de talento.

Tal vez esta es una de las sustanciales diferencias que nos separan de otros pueblos; mientras en ellos se enaltece el mérito donde se le encuentra, llegando cuando es justo hasta glorificarlo en vida; nosotros hacemos alrededor de los hombres de inteligencia y corazón, la conspiración del silencio ó la de la calumnia. Para que rindamos homenaje á un hombre primero ha de morirse, y como esos hombres suelen tener la epidermis delicada, casi siempre se encierran en la fortaleza del desdén, única que puede amparar de ciertos golpes.

Contra eso, no hay más que un remedio, contenido en esta frase de Lord Bacon, uno de los más honrados aciertos que conozco en orden á la psicología colectiva, «el secreto de la prosperidad de Inglaterra, es que en ella los hombres honrados son tan audaces como los bribones».

Santa vergüenza

Todo lo dicho habrá sonado á palinodia, que si no alcanza á ser colectiva por falta de personalidad en mí para asumirla, tiene al menos el valor de lo que hondamente se padece y se expresa sin rebozo. Los que se hallen libres de culpa, salven su responsabilidad, y la de los demás, si tanto pueden. ¡Ojalá yo adoleciese de una visión aberrante que dañándome á mí solo me hiciera temer peligros imaginarios para mi país; ojalá los muchos castellanos que valen lo que yo no valgo, pudieran demostrar mi error, como se demuestra el movimiento, andando; pero si así no fuese, ojalá estas palabras cordiales atinaran á despertar en los mejores corazones castellanos la santa vergüenza del deber incumplido! Ello probaría lo que algunos esperamos con firmísima esperanza; que todavía quedan en Castilla oídos para la verdad por ella misma; probaría también que nuestra aspereza legendaria sirve para algo más que para semilla de animadversiones; que al ser vehículo de profundos y puros sentimientos de amor, que aplican á lo que aman la sinceridad como cauterio, aún puede hacer milagros.

Que Castilla si no quiere agotarse sacuda sus miembros entumecidos, que se levante, que se agite, que estudie, que «sus hombres honrados sean tan

audaces como los bribones para que ella vuelva á recobrar su papel, y con mano maternal, á un tiempo suave y firme, salve á España, salvándose á sí misma y evite al mundo el espectáculo de la muerte de un pueblo. Fragüemos nuestro ideal y después de fraguarlo, persigámoslo con el tesón de nuestros antepasados, aquellos claros varones, que, acertados ó no, supieron poner su esfuerzo á la altura de lo que creyeron su deber. Así no podrá asediarnos como un remordimiento, el recuerdo del epitafio grabado sobre la tumba del Conde Ansúrez:

La vida de los pasados
reprehede á los presentes
y tales somos tornados
que nombrar los enterrados
es ultraje á los vivientes.

Porque es ya más que pasada la ocasión de que poniendo manos á la obra, sepan los castellanos si ha de volver á sonar la hora de Castilla.

HE DICHO.



